

El carro de heno

Cómo curar el desamor con Proust

Alfredo Fierro

Toda ocasión —con centenario o sin él— es buena para celebrar y recordar a Proust, para releerle y, una vez más, a cada ocasión, a tiempo o a destiempo, aprender de él. Al tener que escribir en tasadas líneas, sin llegar a las dos páginas, no he podido dejar de recordar que a Proust en cierta ocasión le pidieron sobre *En busca del tiempo perdido*: «vamos al grano y dígame en dos palabras qué ha querido decir»; y que, ya más reciente, hubo un concurso televisivo auspiciado por los Monty Python para tratar de resumir a Proust en quince segundos.

Para recordar a Proust en dos páginas habré de ceñirme, pues, a un tema, al del amor o, más bien, el desamor, y desde un enfoque, el de la Psicología y lo que el estudioso del comportamiento y del ánimo humano en Proust llega a aprender.

A comienzo de curso solía preguntar a mis alumnos de Psicología: ¿quién ha conocido mejor la condición humana, Shakespeare o Freud?, ¿o los psicólogos en general? O bien, preguntado en formulación diferente: ¿en quién aprendemos mejor acerca de la condición humana, de sus acciones y pasiones, en Shakespeare —y en Cervantes o en Proust— o en la Psicología? A muchos alumnos ni les sonaba el nombre de Proust y había que explicar y comentarles la pregunta. A aquellos, más bien pocos, que habían leído algo de él, concretaba todavía al preguntar: ¿en quién aprendemos mejor acerca del amor, en Proust o en Robert Sternberg? Para quienes no tengan noticia de este último, conviene aquí decir que él ha sido uno de los más notables investigadores científicos del amor, al que ve construido en tres pilares o con tres vértices, que representa como «el triángulo del amor»: la pasión, deseo, enamoramiento y/o «eros»; la amistad, intimidad; la lealtad y compromiso.

La lectura de Proust tiene cualidades terapéuticas en un proceso de duelo por la muerte o ausencia de la persona amada, también por su desamor, por un amor no correspondido o finalmente fracasado. Toda su obra habla de ello: de los amores dolorosamente perdidos en un tiempo, él mismo preterido, perdido, y que en melancólica nostalgia, según un pesimismo todavía romántico, se intenta recuperar. Pero habla, sobre todo, *La fugitiva*: Albertina ha abandonado sin previo aviso a Marcel (al literario), que se entera de su marcha por la sirvienta y que todavía en duelo por esa marcha, sin haberse repuesto de ella, se entera de su trágica muerte, arrojada ella contra un árbol por el caballo que montaba.

El duelo por Albertina no ha sido sólo novelesco, de ficción. Lo ha padecido en carne viva el Marcel autor, Proust, con un no correspondido amor hacia su secretario Alfredo Agostinelli y la muerte de éste en accidente aéreo. Lo que el lector puede aprender en *La fugitiva* es, por tanto, una lección no ya sólo del Proust novelista, sino del Proust persona; y eso hace aún más patéticas las páginas proustianas. Se ha dicho que nadie en su sano juicio tendría el menor interés por llevar una vida como la de Proust; y así es en efecto. No es para envidiarle quedarse recluido en casa sin apenas salir en doce años. Pero precisamente por ello, para no seguir sus pasos —o, más bien, su enfermiza quietud doméstica—, la vida suya, trasmutada en literatura, y en particular sus frustrados amores, recordados y entendidos desde la edad madura, tienen mucho que enseñar a cualquier lector o lectora en penas de amor.

Son del mayor interés todas las etapas del proceso de duelo descrito en *La fugitiva* desde el «shock» inicial, con los agri dulces sentimientos experimentados por unas pocas cartas y por fragmentarias noticias a través de otras personas, hasta el final olvido. «¿Cómo se ignora uno» dice Marcel, al comprobar que aquello que creía una nadería para él constituía en realidad toda su vida. Por fortuna, la naturaleza —la memoria o desmemoria— opera a favor de la recuperación, del restablecimiento anímico: paulatinamente nuestro deseo cambia, nosotros mismos cambiamos; y aquello que nos resultaba insostenible —el abandono y la muerte— se nos hace indiferente. Y ahí reside el núcleo de la terapia proustiana para los males de amores, algo que sí puede decirse en dos palabras: no es posible curarse de esos males; pero sí cabe curarse de uno mismo, de la propia identidad morbosamente enamorada, curarse de aquél o aquella que un día amó, no ser más aquel «yo» amante ahora no correspondido.

Proust ha asumido del filósofo Bergson la idea de la precariedad de «yo». No hay un yo individual, idéntico a sí mismo y permanente; sólo lo hay intermitente, entrecortado por sucesivas y fragmentarias muertes. Así que puede escribir: «No por estar muertos los demás se debilita nuestro afecto por ellos, sino porque nosotros mismos nos morimos», porque el yo amante —y no tanto Albertina— ha desaparecido y ahora hay, en su lugar, un nuevo yo. No ya el ser amado, sino la persona amante ha dejado de existir. A quien se le hace insostenible el sufrimiento por la desaparición del objeto de su amor hay que decirle que un día —un día que con su propio trabajo de olvido puede apresurar— ya no experimentará tan gran dolor: su yo habrá cambiado; lo hoy insufrible resultará mañana llevadero e incluso indiferente para el nuevo ser entonces resurgido. El deseo es volátil por fortuna; el amor también.

El extenso y melancólico epitafio de Proust a su amado Agostinelli, que es *La fugitiva*, constituye así una guía para tiempos de duelo y de desamor. Y su perenne lección práctica es bien sencilla, aunque nada simple: nunca dejes de amar y no te esfuerces por no amar; límitate a dejar de ser tú mismo y hazte otro, haz por renacer en una persona diferente.